

todo el desengaño en los ojos; afeóla sus desordenes con vivísimos sentimientos; ponderóla terriblemente la pena, que merecía su culpa; y *si nuestra enmienda (dixo) no me detuviese el brazo, sabré refrenar la lengua con una mordaza; o pedir à Dios el castigo para escarmiento publico.* Con esto dió fin à la reprehension, y conservando toda la ira en el semblante, se apartó de las Monjas, sin dexarle hablar de ninguna. La paciente quedó poco menos que sin Alma, así por la confusion, que le vino con el reconocimiento de sus desordenes, como por el enojo, y amenazas de la Sierva de Dios; tempestad, que tuvo demás para el terror del corazón, todo lo que tenia de menos en la costumbre del oído. Quería la triste Monja arrojarle à los pies de su enojada Madre, para pedirle perdon; pero arredrada en su misma confusion, se detenía. Así anduvo algunos dias zozobrando entre temores, y deseos: y siempre podian mas los temores para detenerla, que los deseos para alentarla. Conoció la benigna Abadesa la batalla interior de su humillada subdita; y como la humildad era el mas poderoso imán de su corazón, la sacó de sí, para buscar à la oveja de su Rebaño; visitóla en su Celda, y aviendola echado los brazos al cuello con tiernísimas demostraciones de Madre, la dixo: *Sabe, pobrecilla, que quiero seas mi Hija muy querida; porque como mi enojo se armó solo contra tu obstinacion, se ha desarmado ya en tu humilde reconocimiento. Y aora, para que tu confianza quede asegurada de mi clemencia, y volvamos à nuestra antigua paz, y alegría; vente al Coro conmigo, y haremos oracion al Señor, pidiendole te confirme en el espíritu principal de la caridad.* Entre los brazos, y palabras de la Santa compe-

gó à resucitar la afligida Monja; y recobrada de su caimiento con tan benigna demostracion, y pidiendo perdon de su culpa con abundancia de lagrimas, siguió à la Sierva de Dios hasta el Coro. Aquí oró la fervorosa Prelada con tan feliz efecto; que al passo que se continuaba la Oracion, iba sintiendo la subdita en su Alma vna calorosa luz, que aun tiempo mismo la iluminaba, è inflamaba toda. En fin, concluida la oracion, quedó la Monja tan firme en la caridad fraternal, que, ni de lexos bolvió à sentir la tentacion contra ella: y acabó felizmente su vida, llenandola de mayores exemplos, que avian sido los escandolos. Tanto consiguió la caridad benigna de Santa Catalina, por aver sabido manejar con igual destreza las armas del rigor, y la blandura, tomando vnas, y dexando otras, segun dictaba la razon, medida à la necesidad. Ocultó la ordinaria serenidad del semblante, para tronar amenazas, bastantes à despertar el desengaño con aterramiento de la obstinacion: y bolvió à serenarse quando lo necesitó el arrepentimiento, para encaminarse à la enmienda. Hizo de la severidad ocasion, no costumbre; medicina, no irritacion. Reprehendió poco, para emendar mucho: salió al castigo, provocada del delito; no, llevada del natural. Movió la lengua antes de llegar à las manos; y avisó con el amago, porque no era de su intento, ni de su corazón, ensangrentar el golpe. En fin, como la razon, y la gracia gobernaban el zelo de la Santa, le encaminaron por la senda derecha de la justicia, hasta dexar enmendada la culpa; y despues le retiraron, para que bolviessè à su antiguo, y natural predominio la benignidad.

Cogn

Contribuyó no poco al feliz gobierno de la Santa la docilidad, con que buscaba, y admitia el consejo para el acierto de todas sus resoluciones; aunque estas fuesen las mas leves, y el consejo, de las mas inferiores. En consecuencia de su práctica solia dezir: Feliz Religiosa la que tuviere la propiedad de buscar el consejo desconfiada del dictamen propio; pues quanto en mayor grado de virtud se halla, è en Oficio de Prelada, tanto mas necesita de cerrar los ojos à su parecer, para seguir el ageno. Oí referir à vn Religioso antiguo, y aprobado (*presu- mense que fùe San Bernardino*) este exemplo: Que siendo Superior, quando avia de executar alguna cosa perteneciente à su Oficio, si lo resolvía por sí solo, sin consulta, permitia Dios le sobreviniessè alguna tribulacion, è trabajo; y al contrario, en recurriendo al ageno consejo, y gobernando por el sus determinaciones, le sucedia profperamente todo, quedando consolado, y satisfecho.

Pero aunque era docilísima la Santa, para dexarle aconsejar de todos, era igualmente discreta, para no poner en consulta de qualquiera las materias de grave importancia. Por esta razon nunca tuvo por conveniente, que las Abadesas comunicassen con el Confessor Ordinario del Monasterio (que comunmente llamamos Vicario) otras cosas, sino sola, y precisamente aquellas, que tocassen al Tribunal de la Confesion: porque sabia bien, ser la práctica contraria vn continuo fomento de discordias en las Comunidades; sin otros graves inconvenientes, que cada dia se tocaban. En el mismo sentir estubo la Prudentísima, y Serafica Doctora Santa Teresa; y así lo dexó escrito en su Libro de Oro, llamado Camino Parte V.

de perfection, Capitulo Quinto: y aviendo movido la pluma en vna, y otra Maestra de Espiritu la experiencia, y el especial infinito del Espíritu Santo; razon es, que se abracen sus dictámenes con el debido aprecio. Lo cierto es, que las frecuentes consultas de la Prelada con el Confessor de la Casa (donde no ay práctica de este estilo) engendran en las subditas rezelo; el rezelo, desconfianza; la desconfianza, estrañeza; la estrañeza, desconfuelo; el desconfuelo, despecho; el despecho, vna inundacion de males, en que zozobra con poco remedio la paz de la Comunidad, y las conciencias de todas. Para atajar estos daños por la raiz Santa Catalina, no comunicaba con el Confessor Ordinario, sino sus culpas, è defectos; y en lo demás recurria, è à sus Prelados, à quienes en primer lugar tocaba la obligacion de dirigirla; è à aquellos Religiosos graves, en quienes para este fin substituiian los mismos Prelados el cuydado, y la autoridad.

## CAPITULO XXX:

DA PRINCIPIO SANTA CATALINA à los Trienios de las Abadesas, renunciando el Oficio à los tres años; y poco despues la reeligen por Divina disposicion.

Notable malignidad la del tiempo! Hasta en el corazón humano llega à introducir la malicia de sus dias! Reprueban vnos siglos lo que aplaudieron otros; porque el mismo tiempo con su inconstante vicissitud se lleva las cosas à otras circunstancias, de fuerte, que las dexa notablemente desparecidas de sí mismas, desviandolas muy lexos de aquella razon, à que primero se arreglaron. Por esta causa trabaja tanto la

L3,

pru-

Lib. de las  
7. Armas,  
cap. 2.

Grasset. in  
Vna S. Ca-  
thar. lib. 3.  
capit. 9.

prudencia en descubrir los baxios, que a cada passo forma la inestabilidad del hombre en sus operaciones; y segun observa peligros, así varia de rumbos, para conducirse con felicidad al acierto. Desde los principios de la Religion de N. M. Santa Clara, tuvieron los Prelados por conveniente, que las Abadesas fuesen vitalicias, ò perpetuas; así por seguir el exemplo de otras Religiones bien ordenadas, como por evitar las parcialidades casi precisas en las Comunidades, con la ocasion de nuevas elecciones; donde ordinariamente el juyzio, y la voluntad se dexan arrastrar de la afición, no sin grave detrimento de la paz comun: motivo verdaderamente de gran peso para resolucion tan acordada. Pero la experiencia, de que toma su luz el desengaño, fué descubriendo con el curso de los dias en este modo de gobierno gravísimos inconvenientes; porque con la perpetuidad se arrogaban algunas Abadesas vn genero de dominio tan absoluto, que solo en el nombre se diferenciaba de la tyrania. Con esto vivian las subditas tan desconsoladas, como oprimidas; y gemian con aquel genero de desesperacion, que trae à los miserables la aprehension de que para su infortunio se acabò el remedio. Deseando ocurrir à estos inconvenientes (que hazian yà el mayor passo en el juyzio de los Superiores) tuvieron por necessario mudar de rumbo: y con efecto representaron al Papa sus razones, para que expidiese Bulla, disponiendo, que en la Orden de Santa Clara no fuesen las Abadesas vitalicias, sino trienales. Oyò el Papa la proposicion no solo con benignidad, sino con aplauso; y condescendió llenamente à todo lo que en ella se le pedia.

Para llegar, empero, à la execucion, no dexaban los Prelados de dis-

*Grasset. lib.  
2. cap. 8.*

currir tropiezos; porquè hallandose Abadesas à la fazon algunas Señoras de las mas illustres de Italia: temian los Superiores, que al arrancarlas del puesto, podrian con el dolor levantar el grito, glosandolo à desayre de su autoridad, ò à defdoro de su reputacion; cuya queixa malquistaria con los Principes sus Parientes à la Orden, y motivaria el empeño de conseguir de la Silla Apostolica revocacion de la Bulla. Y esta, discurso, fuè la ocasion para que antes de Santa Catalina no se entablase este modo de gobierno; no obstante, que estaba ya determinado por Bullas Pontificias, y por Estatuto General de la Observancia; desde el año de mil quatrocientos y quarenta y seis, en el primer Capitulo General de Roma, en que asistió Eugenio Quarto, con San Juan de Capistrano, segun dexo dicho en otra parte. Hallandose, pues, los Prelados en la perplexidad referida: el medio que se tomò, fuè, dar principio à la disposicion Pontificia por Santa Catalina de Bolonia, de cuya virtud esperaban admitirian la Bulla, no solo sin replica, sino con especial agradecimiento: y por otra parte se creia, que la fama de su santidad estendida por Italia, haria recomendable para todos la renuncia del Oficio, cerrando con su exemplo las puertas à la queixa de las demás Preladas. Como se ideò, así se puso en execucion con feliz efecto: porque la Sierva de Dios, luego que la intimaron la Bulla en presencia de su Comunidad, se postrò en tierra, y dixo, *la admitia como especial beneficio de la Divina Misericordia, que por este medio la desviaba del peligro, y de la confusion de presidir à las que aun no era digna de obedecer.* En virtud de lo referido, cumplidos los tres años del gobierno, renunciò la Prelacia en manos del Vicario Provincial; igualando al dolor de la posesion, el gozo

de

de la renuncia. Antes de hazerla en publico, dixo su culpa postrada en tierra con tales ponderaciones, y tan vivos encarecimientos de sus imaginados escandalos, y omisiones, que ni el Provincial, ni las Monjas congregadas para la nueva Eleccion, pudieron contener las lagrimas; no obstante que ya estaban todas en el errado dictamen de que la Sierva de Dios por su demasiada benignidad no era conveniente para la Prelacia, como en otras partes dexò insinuado, y abaxo dirè mas de proposito. Hecha, en fin la renuncia, se eligió nueva Abadesa; y al exemplar de Santa Catalina executaron sin replica lo mismo todas las demás Preladas Clarisas, que avian cumplido sus trienios; y desde entonces quedò introducido este modo de gobierno en la Orden de Santa Clara. Despues se estendió à otras Religiones de Monjas, por averse experimentado el mas conveniente para el consuelo de las subditas, y conservacion, y aumento de la Regular disciplina: siendo no pequeña gloria de nuestra Santa Virgen, que su humildad le diese principio, facilitando la practica con el exemplo.

Libre yà Santa Catalina del peso de la Prelacia, se entregò à los exercicios de la Obediencia, y humildad, con el gozo de quien descansaba en su centro; y con tanto fervor, que passaba el exemplo à confusion de las Monjas. Duròle muy poco su gozo; porque Dios N. S. admirable en sus Providencias, la queixò para Prelada, y dispuso bolvièse muy en breve al Oficio. Apenas avia passado vn año despues de la Eleccion, quando sobrevino à la nueva Abadesa vna fluxion à los ojos, que la quitò la vista, y las esperanças de recuperarla. Con esta ocasion se hallò precisada à renunciar el Oficio, como lo hizo; y

aviendo el Prelado admitido la renuncia, passò à repetir la Eleccion, y hazer la Visita Ordinaria, que por entonces ocurría.

En la exortacion, con que abrió la Visita, insinuò bastantemente la resolucion, en que venia, de reelegir à la Sierva de Dios: pareciendole, que en ello no avría el menor tropiezo de parte de la Comunidad, y que antes seria lisonjearles el gusto, por interesarse en tal Abadesa todo el consuelo, que podian, y debian desear. Las Monjas, empero, estaban en muy encontrado dictamen; y aviendo tenido sus particulares conferencias sobre el punto, resolvian constantes, y uniformes no dar el voto à Santa Catalina. Todo el apoyo de su resolucion consistia en la natural blandura de la Santa, de que temian arruynarse las Observancias Regulares. Veian, que (conformandose la prudente Virgen à los dictámenes de gobierno, escritos en el Capitulo passado) les iba à la mano en el exceso de los exercicios penales, sin permitir, que los fervores corriesen à rienda suelta: veian, que las precisaba tal vez à afloxar el rigor del silencio, para que se divirtiesen honestamente, y bolviessen despues con nuevo aliento à los empleos de la devocion: veian, que en los deslices de la fragilidad agena vsaba de la compasion, y dissimulo, mas que de la reprehension, y el castigo: veian, que si tal vez aplicaba penitencia à alguna delincente, no sofregaba, si despues no la consolaba con entrañas de piadosa Madre; y de todas estas experiencias se valian, para calificar de nimia, y perjudicial la blandura, y benignidad de la Sierva de Dios. Sin duda los humos, con que andaba en ellas mezclado el zelo, y la devocion, no las dexaban conocer, eran todas las Maximas de la Santa las mas ajustadas à la practica, y

*Grasset. lib.  
2. cap. 10.*

doc:

doctrina de N. S. Jezu Christo; de quien sabemos, que sola vna vez en su vida vibró el azote contra los pecadores: estando dispuesto à perdonarles setenta veces siete, si otras tantas buscasen con el arrepentimiento su misericordia: y que para conquistar el coraçon de vn Discipulo traydor, no reputó por indignidad de su Soberania el arrojarle à sus pies, ni faltarle con los brazos abiertos, para recogerle en su seno, como oveja de su Rebaño, hasta dexar sin escusa à la malicia, y por todas partes justificada su causa. En fin, de qualquiera manera que lo juzgassen las Monjas, lo cierto es, que estaban refueltas, y convenidas en no dar los votos à Santa Catalina para Prelada, por el imaginado exceso de su benignidad. Pero el Señor, cuya providencia es infalible en sus disposiciones, lo tenia determinado muy de otra suerte; y alumbró à las Monjas de su yerro con el siguiente milagro.

Con la ocasion de la Visita, cada Monja en particular confirió con el Prelado el punto de la Eleccion de Abadesa: y convinieron, en que Santa Catalina no era conveniente para el Oficio. Hecha esta diligencia, pasaron à la Eleccion, firmes todas en lo resuelto. Mas, ò eficacia fuerte, y suave del Poder Divino! Al hazer las cédulas, para dár el voto por escrito, como se acostumbra; en vez de escribir el nombre de la Monja determinada para Prelada, escribían el de Catalina: ya fuesse porque, sin advertirlo, obraban contra su intento; que es maravilla grande: ya porque en aquel instante conocian su yerro, y mudaban de dictamen; que siendo tantas, como eran, no se si es maravilla mayor. Todas en fin escribieron en las cédulas el nombre de Santa Catalina, excepta vna, que obró conforme

à su primera resolucion. El Prelado, que, segun lo conferido, no pensaba hallar voto alguno para la Sierva de Dios; quando vió le faltaba solo vno; se halló confuso, è igualmente desabrido, por la inconstancia mugeril, à que atribuyó el suceso. A esta causa, al publicar la Eleccion, dió à entender bastantemente su desabrimiento; aunque no sin la reportacion, que su dignidad, y aquel acto pedian. Entonces la Monja, que discordó de las demás, puesta en pie, dixo en alta voz: Yo, Padre Reverendissimo fuy, la que no di el voto à Nuestra Madre Sor Catalina, por la razon, que propuse à V. Reverendissima en la Visita: mas aora conozco, y detesto mi engaño; y para enmendarle en la mejor forma posible, digo, que abrazo el parecer de toda la Comunidad, y que doy mi voto à Nuestra Madre Sor Catalina, pidiendo rendidamente à V. Reverendissima se digne de confirmarla en Abadesa con todos los votos. Las demás Monjas, que hasta allí avian estado suspensas, y atajadas de su misma admiracion; al acabar de hablar la que comenzó, rompieron el silencio, y decian à voces, que su Abadesa era Sor Catalina, y que así pedian vniformemente se confirmasse la Eleccion. *Esta obra, Madre (respondió el Superior) se reconoce, que es del Espíritu Santo; y no es razon contravenir à ella: y así la confirmo, dandolos por vuestra Abadesa, electa Canonicamente, à Sor Catalina de Bolonia.* El regocijo de toda la Comunidad fuè qual pedía la maravillosa circunstancia, con que el Señor declaró su beneplacito; y le dieron gracias, no solo por que les concedia de su mano tal Prelada; sino tambien porque calificó de santa, y prudente la benignidad con que gobernaba, y que ellas tenian por nimia. La Santa entendiendo con tan claro prodigio la voluntad Divina de

que

que se abrazasse con la Cruz de la Prelacia, puso el ombro à ella con enterà resignacion, y no menor confianza de que el mismo Señor, que la fiaba el peso, no la negaria las fuerças para llevarle felizmente hasta el fin de su penosa peregrinacion.

## CAPITULO XXXI.

*PADECE SANTA CATALINA VNA enfermedad mortal: alargala el Señor vn año de vida por las oraciones de sus Monjas: y la revela el tiempo cierto de su muerte en vna Vision admirable.*

Poco tiempo duró à las Monjas el gozo de tener segunda vez por Prelada à la Sierva de Dios; porque aviendo se agravado sus continuos achaques; al año, y medio de su Oficio, encendieron vna calentura maligna, que la rindió à la cama, y le quitaba executivamente la vida. Avísada con este llamamiento del Esposo, para entrar à las bodas de la eternidad, se dispuso con los Santos Sacramentos de Eucaristia, y Extrema-Uncion, y con aquellas prevenciones, que se dexan creer de su elevado espíritu. La pena de las pobres Religiosas era sin medida, considerandose huerfanas de tal Madre: y à esse passo multiplicaban gemidos, y oraciones en la Divina presencia, para que el Señor no las arrebatasse tan aprisa el deposito de todos sus consuelos. Oyó su Magestad propicio los ruegos de sus afligidas Esposas, y quando ya al juyzio de los Medicos estaba desesperada la salud, se la dió el Señor por medio de la siguiente Vision, verdaderamente admirable. Hallóse de repente en vn amenissimo, y dilatado campo; tan lleno de hermosura, que excedia à quanto podia concebir el humano pensa-

miento. En medio de esta vaga campaña se levantaba vn eminente, y magestuoso Trono, que venia en resplandores al Sol. Sentabase sobre el Trono la Magestad Soberana de Christo, asistido de su Immaculada Madre, y de innumerable multitud de Angeles, y Bienaventurados. Entre estos especialmente se señalaban los inclitos Martyres del Señor, San Lorenço, y San Vicente; sacafo porque con ellos tenia la Santa particular devocion. Delante del Trono, en lo mas inferior de él, se descubria vn Angel en la figura de gallardo Mancebo, vestido de rozagantes ropas: el qual, tocando vn sonoro violin, y puestos los ojos con blandissimo aspecto en la Santa, entonaba dulcemente este mote: *Et gloria eius in te videbitur. T la gloria de él se hará manifesta en ti.* Abforta la humilde, y favorecida Virgen en vn abyfmo de gozos, y sumergida igualmente en su nada, no acababa de entender, lo que cantaba el Angel; y solo era su prentension entregarse toda à su Amado. El Señor, herido nuevamete del amor, y humildad de su enamorada Esposa, que postrada en tierra le adoraba, descendió del Trono, y tomandola de la mano con inefable benignidad, la levantó, y dixo: *Oye, Hija mia, y entiendo; que de ti habla la Letra; porque me he dignado vean en ti los hombres mi gloria.* Esta nueva expresion del amor del Celestial Esposo acabó, para decirlo así, de aniquilar à la Santa; y no quedó en ella facultad para otra cosa, que para exhalar, y resolver, al fuego lento del amor, todo su coraçon, Alma, y espíritu en heroycos actos de humildad, y alabanças Divinas. La superabundancia de los afectos embargó la lengua para las palabras: mas el Señor prosiguió, diciendo: *Hija, condescendiendo à los ruegos, que me han hecho tus Monjas, alargó tu*

*Forading  
tom. 6.  
ad ann.  
1463. n.  
115.*

vida por vn año, al fin del qual te levantaré el destierro, para que te gozes conmigo en la Patria por toda la eternidad. Dicho esto, desapareció la Visión, y la Sierva de Dios se halló restituida à la salud con admiracion de los Medicos, è indecible consuelo de las Religiosas.

A mas de los referidos efectos de esta vision, le quedaron otros no menos admirables, que duraron por todo aquel año, hasta su dichosa muerte. La especie de la Gloria del Señor se conservó tan viva en su entendimiento, que suspiraba, quejandose ricriamente de las Monjas, porque la avian detenido en esta vida con sus oraciones; y sin poderse contener, prorrumplia, diciendo: *Dios os lo perdona, que así me deteneis!* Y otras vezes: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. Ay de mí que se alargó mi destierro.* Pero haziendo reflexion, en que así lo avia dispuesto su Amado, para ocultos fines de su Providencia, y de su mayor gloria; se arrebatada de la exorvitanca del gozo, y enagenada de sí, repetia con celestial melodia la cancion del Angel, *Gloria eius in te videbitur: En ti se verá su gloria.* Para mayor desahogo de estos afectos, rogó la Santa, que la buscasen vn violin, y aviendolo hecho las Monjas, no sin estrañar la novedad; le tocaba con tal destreza, quando la impelia el espíritu, que suspendia en admiracion à quantos la oian; y especialmente à las Monjas, que estaban bien enteradas de que jamás la Santa tocó, ni supo tocar tal instrumento. Despues que al compás del violin cantaba la cancion del Angel, se quedaba en elevacion por largo rato, perdidos los sentidos, y clavados los ojos en el Cielo. El rostro se encendia hasta despedir rayos de luz, como si fuesse vn animado Sol; y estos resplandores mas, ó menos intensos, le

duraron despues de la Visión por todo aquel año. Con la experiencia de tales, y tantos prodigios, andaba la Comunidad igualmente gozosa, y confusa; por cuya razon Catalina, inspirada del Señor, participó à sus Monjas todo lo que le avia pasado en la Visión; y las exhortó à la resignacion en su muerte, que seria infalible al fin del año determinado. Esta prevencion, aunque tan sensible para las pobres Religiosas, facilitó la resignacion, quando llegó el caso de la muerte, y hizo mas tolerable el golpe con el aviso.

Entretanto, empero, que llegaba lo mas acerbo, procuraban engañar su dolor, confiriendo las maravillas, que tenian à los ojos, y descifrando las palabras, que cantó el Angel, y que la Santa repetia con tanta frecuencia, como dulçura. Vnas dezian ser la Gloria de Jesus, que se avia de manifestar en Catalina, la Gloria de la Cruz; porque no avia sido su vida, sino vna continuada, y pesadísima Cruz de dolores, enfermedades, y trabajos, que sufrió, no solo con resignacion, sino con alegría, sedienta siempre del padecer, como pudiera del gozar. Otras discurrían, que esta Gloria seria la que acafo tenia reservada la Providencia Divina para despues de la muerte de la Sierva de Dios, honrandola con milagros, y cultos publicos en la Santa Iglesia, en premio de su humildad profunda. Aunque las primeras no se desviaban de la verdad, las vltimas parece que lo pensaron mas conforme à la letra, segun lo que despues descubrió el efecto, y diremos mas de proposito en los Capítulos, que restan à su Historia.

Otro caso sucedió en esta enfermedad de la Santa, que no es razon passar en silencio. Avia en el Convento vna Niña de doze años, que à los

## CAPITULO XXXII.

ENFERMEDAD VLTIMA, Y muerte felicissima de Santa Catalina, con maravillosas circunstancias.

Lo que tiene de amargo para los pecadores la memoria de la muerte, tiene de suave para aquellas Almas, à quienes constituyó la Bondad Divina en vna singular esperança de la vida eterna. Vna de estas Almas era la enamorada Virgen de Dios Santa Catalina; que firme en su esperança, suspiraba continuamente por el día de su gozo, augmentando quejas à su Amado, porque así la tenia detenida en las prisiones del cuerpo. No es facil ponderar lo que todo el año antecedente à su muerte refinó sus mismas finezas en el crisol de estas esperanças, sacrificadas à la resignacion. Ya llegó el tiempo, en que determinó el Señor consolarla; y estando en oracion repitiendo sus quejas, la dió su Magestad à entender, que dentro de diez dias tendrian fin sus fatigas, saliendo de esta vida mortal à la immortalidad, para cenirla la Corona de Esposa, que avia merecido con los auxilios de la gracia. El jubilo, con que celebró su coraçon noticia tan estimable, fué igual à las ansias, con que avia suspirado para ella. Con esto convocó à Capitulo à la Comunidad, y aviendolo participado la cercania de su muerte, segun la disposicion Divina, hizo vna fervorosa Platica, en que habló de las Virtudes por espacio de tres continuas horas, con altísima doctrina de espíritu. Ponderóles muy especialmente el merito de la resignacion en los trabajos, y tribulaciones, à fin de confortarlas de nuevo en el desconsuelo de su muerte: y concluyó, diciendo:

los diez avia tomado el Abito, y se llevaba el cariño de todas las Monjas, por su candidez columbina, y fervorosa aplicacion à los empleos de las Virtudes. Por esta razon tenia la Santa especial complacencia en su compañía, y mucho consuelo, en que la aplicasse los medicamentos, que se ofrecian. Entre estos ordenó el Medico vn baño de pies; y descubriendolos la Niña, para executarle, exhalaban tan celestial olor, que sin poder contenerse, se abrazó de ellos, y los besó con estraño afecto, y ternura. La Sierva de Dios sintió verdaderamente la demostracion, como cosa que la heria en lo mas vivo de la humildad; y reprehendió con severidad à la Novicia por exceso tan inconsiderado. Mas la Niña respondió, diciendo con sencillez, y no sin especial mocion del Espíritu Santo: *Madre mia muy amada, no ha estado en mi mano, lo que he hecho, porque el olor tan bello, que salió de los pies de V. R. no sé como me puso. Pero Dios me dà à conocer, que la quiere mucho: y si aora me impide, que la bese los pies, no lo podrá impedir despues de su muerte; que entonces libremente los ha de besar, y adorar todo el mundo.* Este Vaticinio se ve cumplido puntualissimamente desde que murió la Santa, hasta nuestros dias; porque son innumerables las gentes, que de todas partes del mundo concurren à venerar su Sagrado Cadaver, teniendoose por dichosos, los que logran besarle los pies.

) ( (



„ Tened paz, y buena voluntad; que  
 „ Dios os ayudará en todas vuestras  
 „ necesidades, y suplirá mi falta con  
 „ particular providencia. Testimonio  
 „ será de esta verdad, lo que despues  
 „ de mi muerte verán vuestros mis-  
 „ mos ojos: y yo os seré de mas vti-  
 „ lidad en la otra vida delante de  
 „ Dios, que lo he sido en esta. Sea su  
 „ amor bendito; que, al fin, ha queri-  
 „ do ya concederme mi suspirado re-  
 „ poso, conduciendome à él por el  
 „ camino de la Cruz, en que siempre  
 „ tuve mi gloria, con summo gozo de  
 „ padecer por Christo.

Concluida la Platica, acometiò à  
 la Santa vna aguda fiebre, que des-  
 templò toda la armonia del cuerpo, y  
 agravò sobre toda ponderacion los  
 achaques, y dolores, que habitual-  
 mente padecia, en que hallò nuevo  
 exercicio la paciencia, y mayor fo-  
 mento la llama del Amor Divino, que  
 ardia en su coraçon amante. La viva  
 consideracion, de que ya se acercaba  
 su Alma al eterno abrazo del Amado,  
 azoraba los buelos de su espíritu: y  
 eran estos tan continuos en aquellos  
 dias, que casi siempre estaba absorta  
 en Dios. Quando la vehemencia de  
 la interior ocupacion le dexaba libre  
 el vfo de los sentidos, prorrum-  
 pía vnas vezes en amorosos razonamien-  
 tos con sus Hijas, alentandolas al se-  
 quito de las Virtudes, y à la resignaci-  
 on en el lance preciso de su muerte:  
 otras, en dulces canciones, de las que  
 ella avia compuesto, expresando los  
 afectos de su Alma en la Pasion de  
 su Amado JESVS. Para cantar estos  
 versos, hazia que la acompañassen  
 sus Monjas: las quales obedecian, fa-  
 crificando su pena al gusto, y consola-  
 cion de su amada Madre.

Así pasó hasta el día Miércoles  
 nueve de Março, que era el señalado  
 de la Divina Providencia, para poner  
 fin à las molestias de su penosa pere-

grinacion. En este dia por la mañana  
 llamó à su Vicaria la V. Sor Juana  
 Lambertini, y despues de averla pre-  
 venido con luz profetica de algu-  
 nos sucesos futuros, la declaró fi-  
 nalmente, que ya era llegado el dia,  
 en que avia de entregar su Alma en  
 manos del Criador: y que en esta su-  
 posicion diese las providencias con-  
 venientes para su muerte, y entierro.  
 Que hiziese llamar à su Confessor,  
 para que la administrasse los Sacra-  
 mentos Santos; y que entretanto dis-  
 pusiese à los pies de su cama un Alta-  
 rico con toda la decencia posible, pa-  
 ra colocar en él la Imagen de vn De-  
 voto Crucifixo, que era todo su con-  
 suelo, y las delicias de su espíritu ena-  
 morado. Las Monjas, quando vieron  
 tan cercanas prevenciones al transito,  
 se anegaban en lagrimas, y no cessa-  
 ban de implorar la Divina Clemen-  
 cia; para que suspendièsse la execu-  
 cion de su decreto. Entoncez la piá-  
 dosa Madre, llena de ternura, y miran-  
 do con blandos ojos à sus queridas  
 „ Hijas, las dixo: Amadas Hijas mias  
 „ de mi coraçon, no lloreis mas sobre  
 „ mi, desperdiçando lagrimas: llorad  
 „ sobre vosotras, y sobre las penas  
 „ de nuestro Esposo JESVS, para que  
 „ tenga vuestro llanto mejor, y mas  
 „ debido empleo. Su voluntad San-  
 „ tísima, movida de solos sus meri-  
 „ tos, bondad, y misericordia, quiere  
 „ que oy salga mi Alma de la carcel  
 „ del cuerpo à tomar la posesion de  
 „ la Gloria, entrando en ella por las  
 „ puertas precisas de la muerte: con  
 „ que si le amais como à Esposo, y à  
 „ mi como à Madre: razon será, que  
 „ antepongais su beneplacito à vues-  
 „ tro consuelo, y mi descanso à vues-  
 „ tro alivio. La caridad, con que por  
 „ la gracia de JESVS os he amado en  
 „ esta vida, debeis creer, que levan-  
 „ tarà mas vigorosa, y mas perfecta  
 „ llama en la otra, y hará que mis ojos  
 estén

estén siempre sobre vuestras neces-  
 sidades, y mi coraçon dentro de  
 vuestras coraçones. Amad la pura  
 desnudez de espíritu; ensañaos à  
 depender solo del Cielo; y nada  
 de la tierra os hará falta. A esta di-  
 cha os llevará de la mano la reci-  
 proca, y sencilla caridad, en que  
 debeis vivir, amandoos sin el fin  
 de ser amadas, y sirviendoos sin la  
 mira, ni interés de ser servidas. Sa-  
 bed, que esta es la herencia; que  
 JESVS nuestro Maestro dexò à sus  
 Apostoles, y en ellos à todos sus  
 Hijos, y Esposas, quando pasó de  
 este mundo al Padre. De las Novi-  
 cias, plantas nuevas en la Religion,  
 deseò, que cuydeis mucho; arri-  
 mandoles la vara de la Regular dis-  
 ciplina, para que crezcan derechas.  
 Mirad, que su vida se va formando  
 de vuestras exemplos; y sin duda el  
 espíritu, que aora concibiesen por  
 los ojos, saldrà à su tiempo del co-  
 lor de vuestras operaciones. A las  
 Preladas tened siempre en summa  
 reverencia, como à imagenes vi-  
 vas de Dios; que no es posible de-  
 xar de apreciar mucho la imagen  
 quien ama de veras el original. Con  
 estos, y otros documentos de mucha  
 substancia, para la practica de las Vir-  
 tudes, entretenia la piadosa Madre  
 el dolor de sus afligidas Hijas, dando-  
 les la enseñanza embuelta en la mis-  
 ma consolacion.

Pasòse en estas exortaciones to-  
 da la mañana; y à las dos de la tarde  
 pidió que entrasse el Padre Confes-  
 sor, con quien, para prevenirse al  
 Sagrado Viatico, se confesò general-  
 mente, acriminando sus deslices, y ti-  
 biezas, con tan vivos sentimientos,  
 que no quedaria à la contricion ma-  
 yores expresiones para la detesta-  
 cion de culpas enormísimas. Despe-  
 dia del coraçon profundos suspiros,  
 Parte V.

anegabase en lagrimas, heriale el  
 pecho con golpes alentados de la ve-  
 hemencia de su dolor; y todo servia  
 en las demás à la confusion, y al  
 exemplo. Concluida la confesion, pi-  
 diò perdon de aquellos malos exem-  
 plos, que abultaba su humildad à los  
 ojos del desengaño; y rogò al Con-  
 fessor, que la administrasse los Sacra-  
 mentos de la Eucharistia, y Extrema-  
 Uncion; así para armarse con ellos  
 contra las astucias del demonio, co-  
 mo para el aumento de la gracia; y  
 protesta de la Fè Catholica, en que  
 avia vivido, y en que deseaba morir  
 obediente à las Leyes de la Santa  
 Iglesia. Condescendió el Confessor  
 à la pericion de la Sierva de Dios; pe-  
 ro tan poseido de su pena, que al  
 tiempo de administrarla el Viatico,  
 no atinaba en el Ritual con la formu-  
 la, para hazerlo. Advirtiòlo la Santa, y  
 con ritueña serenidad le dixo: *Abra*  
*V. P. el libro por el medio, y allí encontra-*  
*rà lo que busca.* Hizolo así; y sucediò  
 como la Sierva de Dios dezia. Avien-  
 do recibido el Viatico con devocion  
 imponderable, participò su espíritu  
 inefables efectos, que salieron al ros-  
 tro en mas encendidos resplandores,  
 que los que de ordinario se admira-  
 ban en ella. Poco rato despues reci-  
 biò la Extrema Uncion con el mismo  
 fervor de espíritu, que los demás Sa-  
 cramentos.

Dadas gracias al Señor por tan sin-  
 gulares beneficios, mandò la traxerle  
 el libro de las *Siete Armas*, que tenia  
 oculto, sin averle manifestado à per-  
 sona viviente. Entregòle al Confes-  
 sor, para que despues de aver ella es-  
 pirado, le abrièsse, poniendo en exe-  
 cucion lo que le suplicaba en vna car-  
 ta; escrita al fin del Libro. Esta carta  
 escriviò la Sierva de Dios poco des-  
 pues que llegó à Bolonia; y porque  
 toda ella esta respirando devocion,

me ha parecido copiarla fielmente en la forma que se sigue.

## IN NOMINE CHRISTI.

**S**Ea notorio à qualquiera persona, à cuyas manos llegare este Libro, que debe darle à nuestro Confessor: y este debe copiarle, ò (si no pudiesse hazerlo) disponer, que otro le copie. Despues entregará la copia al Monasterio de mis Madres, y Hermanas del coraçon de Corpus Christi de Ferrara: y el original se guardará en este lugar: esto es, en el Monasterio, en que yo he de dar fin à mi peregrinacion. Y prevengo al dicho Reverendo Padre Confessor, que quanto antes pueda, cumpla lo que le impongo de parte de Dios Nuestro Señor: quien por su clemencia me ha mandado, y revelado, que así lo executo, para consuelo, y cautela de todas las pobres, y devotas Hermanas, que por su amor voluntariamente se cierran en la carcel de la clausura. Las quales Hermanas, presentes, y futuras, encomiendo con todo entrecimiento, à vos Padre Confessor, y à todos los que os succedan en la Caridad de Jhesu Christo: por cuyo amor ruego me hazais limosna de una Missa por mi Alma. Y del mismo modo me encomiendo à todos los otros Padres, y Hermanos en Christo Jhesus, en cuya paz, y amor permanezcamos siempre.

Hechas todas estas prevenciones, y sabiendo, que ya llegaba la hora de entregar su espíritu al Criador: miró con benignísimo aspecto à sus Hijas, que anega las en llanto, y asistían al rededor de la cama; y con afecto de quien daba el último Vale, las dixo: Hijas, y Hermanas mias muy amadas, perdonadme nuevamente los descuydos, que he tenido en vuestro gobierno, y los malos exemplos, con que, à no ser vosotras tan buenas,

podiera averos escandalizado. Mi libro se llegó: quedad en paz, y el Espíritu del Señor os comunique su consolacion, y fortaleza. Despues, fixos los ojos en el Devoto Crucifixo, que tenia en el Altarico: llena de alegría, inclinándose blandamente la cabeza, è invocando tres vezes el Dulcíssimo Nombre de Jhesus, le entregó su felicíssima Alma, Miercoles por la tarde nueve, de Março, del año de mil quatrocientos y sesenta y tres, à los cincuenta de su edad.

Luego que espiró, crecieron las luzes del rostro; y se augmentó la fragrança Celestial, que ya se avia hecho casi natural en ella, desde que tuvo en sus brazos al Niño Dios. El Cuerpo quedó con todas las señales de glorioso: los ojos resplandecientes, los labios, y mexillas encendidos, las coyunturas flexibles, la carne blanda; y todo él tan floreciente, que parecia de vna Doncellita de quinze años. No bastó el conjunto de todas estas maravillas à templar en parte la pena de las pobres Religiosas; y antes la fomentaban, avivando su dolor con el conocimiento del tesoro, que perdian. En algunas hizo tanta impresion esta pena, que las puso en peligro de perder la vida, y fué necesario darles los Santos Sacramentos: tal era el extremo, con que la amaban. Las que quedaron menos fuera de sí, se arracimaron al Cuerpo Santo, para desahogar el dolor, besando los pies, y las manos con igual reverencia, y afecto. Era el Confessor prudente, y no quiso poner cotos al impetu primero de la devocion, estimulada del amor filial. Y à que los afectos se huvieron desahogado lo bastante, hizo que pudiesen el Sagrado Cadaver en el Feretro, para celebrar las Exequias. Llevaronle al Coro, y al passar

por

por delante del Tabernaculo del Santíssimo, dió el Cuerpo de la Santa señales de veneracion à su Esposo Sacramentado, despidiendo mas vivas las luzes del rostro, è inclinándose un poco la cabeza con semblante todo risueño. A vista de estos prodigios hizieron las Monjas el funeral con incomparable devocion, pero sin alguna pompa; porque el mismo Confessor, cautelando los desmanes de la piedad popular, en estas ocasiones trabajó mucho en que con el mayor secreto, y brevedad se le diese sepultura. Consiguiólo así: lo primero, por el buen arreglamiento de la Comunidad; y lo segundo (que es lo mas principal) por la especial Providencia Divina, que tenia reservado por otro medio al termino de pocos dias los mayores obsequios, y exaltacion del Cuerpo de su querida Esposa. En fin la sepultaron sin pompa, ni concurso de Ciudad en el entierro comun. Para mas asegurar el secreto de la muerte de la Santa, dispuso el mismo Confessor no entrasse hombre alguno à abrir la sepultura, sino que lo hiziesen dos Religiosas de Velo blanco de las mas robustas. Executaronlo así, tomando tambien à su cargo sepultar el bendito Cadaver. Quando llegó este caso, despidió el rostro tal golpe de luzes, que casi las deslumbró: y ellas, con el deseo de que la tierra no cayesse inmediata sobre rostro tan venerable (porque no se enterró en caja, ò arahud) pusieron dos piedras algo levantadas, vna à la cabeza, y otra à los pies, y sobre ellas acomodaron vna tabla, que cubria el Cadaver bastante. Pero lo aseguraron con tan corta habilidad, que à poco peso se torció la tabla, y dieron en el inconveniente, que intentaron evitar. De este, al parecer, desgraciado descuydo, facó el Divino Poder tantas glorias para su Esposa,

Parte V.

que ha menester la fe valerle de todos los esfuerços de la piedad, para darles credito; segun que lo iremos refiriendo en los Capítulos siguientes.

## CAPITULO XXXIII.

DE LAS GRANDES MARAVILLAS, que dieron ocasion al desentierro de el Cuerpo de Santa Catalina: y de otros estupendos prodigios, que entonces acaecieron.

**M**Orir para renacer à la inmortalidad, no es morir: es mejorar de nacimiento, dando principio à vna vida, que dexa desayrado, y sin victoria al estímulo de la muerte: Todos los Justos, que mueren en el Señor, califican esta verdad; no solo por la gloria esencial, que gozan en la vida eterna; sino tambien por la accidental, que permanece en las voces de su gloriosa fama. Sirve à estos el sepulchro de euna; y el Ocaso de Oriente; porque saliendo de las sombras del olvido, en que yazen muertos, y sepultados, se levantan à resplandecer como Soles en la presencia de Dios, y en la admiracion del mundo. Era ya tiempo, que Santa Catalina gozasse de estos honores; y quiso la Divina Providencia llamar la atencion del Vniverso con estupendas maravillas, que se amontonaron en el desentierro, è incorrupcion de su Sagrado Cadaver. Apenas la sepultaron, quando rompieron el sepulchro, à pesar de sus tinieblas, resplandecientes rayos de luz; al modo que los suele despedir el Sol en el Ocaso, quando vence la tenacidad de la nuve, que la resiste. Y com o si tanto resplandor fuesse tibialum inaria, para ilustrar sepulchro tan glorioso, le embiaba el Cielo sus luzes en hermosas Estrellas, que, tocando

Mm 2

do

dole inmediatamente con sus rayos, le servían de antorchas, y prregonaban la gloria de aquel escondido tesoro. A las luzes competían los aromas, que exhalaba el mismo sepulchro, pareciéndose al olor de un campo lleno, à quien bendixo el Señor. Las Monjas, cuyo dolor de ver à su bendita Madre debaxo de la tierra, no necesitaba de estos nuevos estímulos, para ser grande; con ellos casi llegaban à passar los cotos del sufrimiento: y ya que no se atrevían à romper la sepultura, para colocar el Cuerpo en lugar mas decente, se desahogaban en darle veneraciones, besando la tierra, que le cubría: Excessos de amor herido, que rara vez esperaron el consejo de la prudencia, y casi siempre tuvieron disculpas en la piedad.

Mas en testimonio de que al Señor no eran desagradables tales demostraciones, dió repentina salud à todas las Monjas enfermas, que visitaron el sepulchro. Entre estas fué mas notable la sanidad de vna, que de mucho tiempo antes estaba valdada, y no podia dar passo, sino afirmada sobre dos muletas. Encendida en viva fe, llegó à la sepultura, y dexandose caer, pidió à su Santa Madre, que la sanasse. Instantaneamente sintió vno como rayo de fuego, que penetrando con suavidad hasta la parte lesa, introduxo el vigor, que faltaba à los miembros, para moverse expeditamente. Experimentando en si tan estraña novedad, probò à levantarse sin el arimo de las muletas, y lo consiguió con la expedición, y ligereza de quien estaba ya perfectamente sana.

Corrían diez y ocho dias despues del entierro de la Santa: y viendo el Confessor por todo este tiempo la continuacion de los prodigios referidos, dió orden à las Monjas, pa-

ra que la noche siguiente descubriesen la sepultura; y que en caso de hallar (como se esperaba) el Cadaver incorrupto, le colocassen decentemente en vna caja de madera; y cerrada, le bolviessen à la tierra, hasta tomar conveniente providencia para su veneracion. Quando ya estaban para executar lo, les embarazò su intento, y su gozo vn terrible aguacero, que se continuò hasta muy entrada la noche, sin esperança de serenidad. La razon de aver sido embarazo la lluvia, fué, porque aquel Monasterio tenia el entierro en vn campo, descubierto al Sol, y al agua, aunque dentro de la Clausura; y era preciso, que al abrir la sepultura, se inundasse el Sagrado Cuerpo, con mucho detrimento, y poca decencia de la incorrupcion, que esperaban hallar, segun lo que se fe, apoyada en tantos experimentados portentos, les prometía. Sin esperanças, pues, del fruto de sus diligencias por aquella noche, se fué à recoger la Comunidad: pero quatro Monjas, cuya devoción no pudieron apagar las muchas aguas, se quedaron junto al sepulchro con firme esperança, de que el Señor, por los meritos de la Santa Madre, les avia de conceder el consuelo de verla aquella noche fuera de la tierra. En esta fe, vna de ellas, arrebatada de la vehemencia de su deseo, clavando los ojos en el Cielo, dixo: O! Cielo, de parre de Dios te mando, que te pongas claro; y sereno; si es su voluntad, que el Cuerpo de esta fiel Esposa suya tenga la veneracion, que merece. Apenas hubo pronunciado estas palabras, quando cesò la lluvia, serenandose el Cielo no mas de aquel espacio, que desde el campo del entierro se podia reconocer. Al mismo tiempo baxaron nuevas Estrellas, q̄ aviendo lucido sobre el sepulchro vn breve rato, desaparecieron.

En

Entendida de las Monjas con tan prodigiosas señales la voluntad Divina, començaron à abrir la sepultura; y quanto mas iban profundando, tanto mas sentían la fragrançia que las consolaba, y confortaba todas. Con este refuerzo continuaron sus diligencias, hasta que finalmente hallaron el Santo Cuerpo incorrupto, tratable, flexible; y oloroso. El gozo que ocupò sus coraçones con tan feliz hallazgo, es mas facil de creer, que de ponderar: aunque les durò muy poco; porque reparando mas de espacio en el rostro de la Santa, vieron le tenia feisimo; hundidas, ò deshechas las narizes, y quebrantadas las mexillas: aviendo sido causa de tal monstruosidad, la tabla, que con el peso de la tierra cayò sobre la cara del Sagrado Cadaver, quando le dieron sepultura, como dixè en el Capitulo pasado. Pero el Señor, que permitió este accidente, para hazer nuevo, y mayor alarde de su poder, dispuso, que en presencia de las afligidas Monjas el Santo Cuerpo se compusiese el rostro, y alassè la nariz con sus mismas manos, hasta dexarlo en su natural perfeccion. Despreciò la Santa en vida, el cuydado de la hermosura vana; y quiso Dios, que despues de muerta no tuviese su rostro macula, ni ruga, sino que fuese toda hermosa, como verdadera Sunamitis.

Atonitas las Monjas à vista de caso tan estupendo, no sabían, ò no podían desatarse de su admiracion, para dar noticia de lo que passaba, à la Comunidad: mas añadiendo prodigios à prodigios, y portentos à portentos, diò el aviso el mismo Dios, acrecentando el olor, que exhalaba el bendito Cuerpo; de modo, que al despertar à Maytines, en vez de irse al Coro las Monjas, se fueron al sepulchro, llevadas de la suavidad, y

Parte V,

nueva fragrançia, que percibían. Quando llegaron, y reconocieron el Cuerpo de su Santa Madre, soltaron los diques de la reprefada devoción, y no se faciaban de admirarlo, tocarle, y besarle, notando, y ponderando todas sus gloriosas circunstancias. En esto gastaron poco mas de media hora; y acordandose, que no estaban rezados los Maytines, determinaron poner el Sagrado Cadaver en la caja antes de ir al Coro, para bolverle à la tierra, como el Confessor lo avia ordenado. Dios, empero, que à poder de maravillas iba formando de los estorvos medios para la exaltacion de su Sierva, movió con interior impulso à las Monjas, para que sin advertencia, ni deliberacion, se ordenassen en Procession, y llevassen al Coro el Sagrado Cuerpo, cantando el *Te Deum Laudamus*. Luego que entraron, dexaron puesta la caja descubierta frente del Altar Mayor; y entonces echaron de ver lo que avian hecho: protestando cada vna, que no sabia como, ni por donde avia llegado hasta allí; especialmente las quatro, que llevaban en ombros la caja, aviendo sido su intento bolverla à la sepultura. No pausaron con esto los prodigios: porque apenas quedò el Santo Cuerpo delante del Altar Mayor, quando à vista, y con estupendo asombro de toda la Comunidad, se incorporò en la caja, como si estuviessen vivo; y abriendo los ojos, juntando las manos al pecho, è inclinando tres veces la cabeza, adorò al Santísimo Sacramento. Al mismo tiempo se encendió el rostro en vivas llamas, y començò à sudar vn licor oloroso, y preciosísimo, como balsamo: argumento convincente de los superiores efectos, que participaba su coragon enamorado en la Comunión Sagrada.

Yà en esta ocasion las Monjas

Mm 3,

lle

Grasset. lib.  
4. cap. 2.

Grasset. ibi.

Grasset. ibi.

llegaron à persuadirse, que su Santa Madre avia resucitado; y gobernadas de aprehension tan conforme à sus deseos, y tan fundada en los ojos, comenzaron à dár gracias à Dios por el favor recibido. Pero salieron de su piadoso, y bien formado engaño con otra maravilla; porque el Santo Cuerpo, hechas las tres adoraciones al Santísimo Sacramento, bolvió à acomodarse en la caja, como antes estaba, apagándose al mismo punto los incendios del rostro, y retirándose del todo la celestial fragancia, y el licor que despedia. Durò esta suspension no mas de lo que tardò en bolver à las Monjas el defengaño, de que el Santo Cuerpo perseveraba sin Alma: pues luego que se fixaron en esta verdad, experimentaron los mismos efectos que antes; aunque variados en algunas circunstancias: porque el color del rostro vnas vezes era rubicundo, como de vivas aguas; otras blanco, como de vna pura nieve; otras verde, como de esmeralda; y otras azul, como el zaphiro. En la fragancia se reconociò la misma variedad; porque ya era de Rosa, yà de Azucena, yà de Clavel, de Jazmin, de Violeta, de Jacinto; y así de las demás flores, y especies aromaticas: de modo, que pareciéndose à la fragancia de todas, no se podía determinar en particular, que lo fuesse de alguna. Suspenas las Monjas en medio de tan hermosa confusion de prodigios, no sabian que hazerse, y solo resolvieron rezar Maytines, y quedarse acompañando à su Santa Madre hasta la mañana, en que informando al Confessor de todo lo sucedido, esperaban determinasse lo mas conducente à la gloria de Dios maravilloso en su Sierva.

o)(?)o

\* \* \* \* \*

CAPITULO XXXIV.

CONTINUANSE LOS PRODIGIOS EN el Cuerpo de Santa Catalina: y viene à adorarla en numeroso concurso el Pueblo, y Ciudad de Bolonia, con el Legado Pontificio.

Concluidos los Maytines, bolviéron las Monjas à registrar, y venerar el Cuerpo de su Santa Madre; sin saber como apartarse de él: porque bebiendo sed por los ojos en lo mismo que procuraban saciarse; descubrian cada instante nuevos prodigios, que inflamaban mas los afectos de la devocion. Impedidas de los resplandores del rostro, no avian hasta entonces advertido en el vna mancha de sangre, que salió de las narizes al tiempo que le comprimò la tabla; y le afeaba demasiado. Con esta ocasion le mudaron Abito, y toca; aviendo antes lavado la mancha. Quando acabaron de hazerlo, començò à sudar vn genero de licor oloroso, tan extraordinario; que à vezes era roxo como sangre viva; otras crystalino como agua, y otras blanco, y encarnado, como vna leche rociada de sangre. Fue tan copioso este sudor, que calò toda la toca limpia, que acababan de ponerla, y tuvieron que mudar otra; previniendo antes muchos lienços, en que recoger lo que nuevamente salia. Despues del sudor arrojò por las narizes sangre pura, y caliente, hasta llenar vna buena taza, que oy se guarda con la debida veneracion.

Entretanto que las Monjas estuvieron embebidas en la admiracion de los sucesos referidos, se esparciò por la Ciudad, sin saber como, ni por donde, todo lo que en el Convento passaba. Commovieronse con la noticia igualmente Nobles, y Plebeyos; y

Grasset. lib.  
4. cap. 3.

deseosos de asegurar en la experiencia de los ojos el informe de los oídos, se encaminaron al Monasterio en concurso innumerable, aun antes de venir el dia. A la multitud siguiò el Eminentísimo Señor Angelo Capranica; Cardenal del Titulo de Santa Cruz, que à la fazon se hallaba en Bolonia, Legado del Papa; y por satisfacer tanto à su devocion; como à su cargo, quiso entrar en la Clausura à registrar por sí mismo las grandes maravillas, que se avian publicado. Entrò acompañado del Confessor, y de la mayor parte de la Nobleza, con el Doctor Juan Marcanova; Medico celeberrimo de aquella Vniversidad. Todos registraron, y tocaron vna, y muchas vezes el Santo Cadaver; cada vez con mayor asombro: y aviendo formado juicio firme, de que las prodigiosas circunstancias de su incorrupcion eran sobre toda la virtud de la naturaleza, le adoraron como à deposito que avia sido de Alma tan favorecida de la Divina Diestra. En esta ocasion experimentaron tambien, que la fragancia era pegajosa; porque quantos tocaron el Santo Cuerpo, conservaron en las manos el mismo olor por algunos dias. El Cardenal quedò sumamente afecto à la Santa; en cuyo testimoño, y valiéndose de la autoridad, que tenia, reservò para sí la toca empapada en aquel precioso licor, que arriba diximos, y la guardò hasta su muerte, con estimacion de preciosa Reliquia. Persuadiò tambien à las Monjas, distribuyessen entre los Cavalleros devotos parte del mismo licor, que avian recogido en pequeños pomos, algodones, y lienços. Executaronlo, aunque no sin la mortificacion de deshazerse de Reliquias tan apreciabiles; à cuyo contacto sanaron de varias enfermedades infinitos dolientes. Solo reservaron para sí las Monjas vn po-

mito del tudor, y toda la porcion de sangre, que salió del Santo Cuerpo, conservándose hasta oy sangre, y sudor incorruptos, con admiracion, y consuelo de la piedad Christiana. Para acallar las voces del Pueblo, que impaciente gritaba en la Iglesia por ver el Cuerpo de la Santa, ordenò el Legado, que le llevassen à la Craticula. Aqui le tuvieron por espacio de siete dias continuos; perseverando siempre incorrupto; y hermiso; fragante, y con todas las demás circunstancias, que quedan referidas. En todo este tiempo fueron innumerables los concursos, que de dia, y de noche ocupaban el Templo, con las devotas ansias de ver por sus ojos prodigios tan estupendos. Los que se aumentaron en aquellos dias, à beneficio de las necesidades comunes, no tienen numero; y fuera molestisimo, y aun imposible referirlos. Vno, empero, de ellos; por ser hermosa cadena de maravillas, sera preciso escribir aqui, y con algo de extension, dexando algunos otros para lugar mas oportuno.

Vna Niña, natural de Bolonia, de edad de onze años, y de la illustrisima Familia de Poggi, oyò referir en su casa los maravillosos sucesos del Cuerpo de Santa Catalina; y la multitud de gentes, que concurrían à venerarle. Con esta noticia se encendió su innocente coraçon en vn fervoroso afecto de la Sierva de Dios, que la impelia à solicitar verla, y adorarla como los demás. No tenían efecto sus piadosas ansias; porque sus Padres, temerosos de las desgracias, que suelen ocasionar à los niños la apretura de los concursos, la negaban el permiso. La esperanza de la Niña, hija castiza de su devocion, no se daba por vencida, y aguardaba ocasion, en que lograr su deseo, à escusa de sus padres. Fueronle estos à

Grasset. lib.

Grasset. lib.  
4. cap. 4.

Missa



Missa vna mañana de aquellas, en que el Cuerpo Santo estaba expuesto à la veneracion, dexando cerrada à Leonora (este era su nombre) en vn dormitorio alto de la casa, cuyas ventanas salian al patio. La Niña, que no dormia, observò, que al mismo tiempo de salir sus Padres, començaron las Criadas en el patio à hablar de los prodigios de la Santa, expressando deseos de verla: y assomada à la ventana, rogaba con lagrimas, y encarecidas suplicas à las Criadas, la llevasen à ver la Sierva de Dios, mientras sus Padres bolvian de Missa. Las Mujeres, temiendo por vna parte el enojo de los Amos, y deseando por otra, acallar las voces de la Niña, dixeron, que la llevarian de buena gana à ser posible la salida del quarto: pero que no lo era, porque la puerta estaba cerrada con llave, y la ventana muy alta. *Esto no os dè cuydado* (replicò Leonora) *que yo so en mi Santa me sacará de aqui.* Y tomando al instante las sabanas de las camas del dormitorio, las fuè anudando por las esquinas. Asegurado despues el vn extremo en la armadura de vna de las mismas camas, echò por la ventana el otro; y con assombrosa intrepidez, nacida, ò de la inconsideracion del peligro, ò de superior impulso (à que mas me persuado) salió del quarto, descolgandose por los lienzos, que pendian. Quedaron atonitas las Criadas à vista de tan estraña resolucion; pero ya que vieron en el suelo à la Niña, trataron de darla gusto, viniendo temores, y admiraciones, y ganando tiempo en la diligencia, para escudar el enojo de sus Amos.

Salieron de casa, y à poca distancia dieron en otra grande dificultad; porque les pareció imposible romper las calles vezinas al Monasterio, à causa de los tropelos de gente, que las ocupaba, aviendose despoblado

los Lugares de la comarca; por ver à la Sierva de Dios, y pedirle socorro en sus necesidades. No flaqueò por esto la constante fè de Leonora, è intrò à las Criadas, para que probassen à hazer passo por medio del concurso. Este se les iba desembarazando de modo, que sin la menor detencion entraron en la Iglesia. Aqui se ofreciò nuevo tropiezo; porque el Legado Cardenal avia dado providencia, que inmediata à la Craticula se pusiesse vna Guardia de Soldados, prevenidos con armas, así para detener los arrojos de la devocion inconsiderada, como para que cuydassen huviesse orden en ver à la Santa: de modo, que la viesse primero, los que primero entraban en el Templo. Segun este orden, era precisa vna de dos cosas, y ambas de igual sentimiento para Leonora: ò que llegasse muy tarde; y así motivaba el enojo de sus Padres: ò que se bolviesse, sin ver à Santa Catalina; y así violentaba toda su devocion, y quedaba frustrada su costosa diligencia. En esta afliccion clamò de lo intimo de su coraçon à la Sierva de Dios, pidiendola sencillamente, que facilitasse el logro de sus deseos, pues iban encaminados à su honor, y gloria. Diòse por entendida la Santa; y de repente (ò prodigio assombroso) algò el Cadaver la voz, de modo, que lo oyò todo el concurso; y puestos los ojos en la Niña, y haziendo con la mano la accion de quien llamaba, la dixo: *Leonora Poggi, acercate.* El palmo de los circunstantes con tan desusada novedad fuè grande; pero hechos capaces de que hablaba con la Niña, la franquearon el passo, hasta que llegó à la Craticula. Quando la estaba registrando, habló segunda vez el Cadaver, y articulò estas palabras: *Querida, vive en la prevencion, de que quiero seas Monja; y Monja muy amada mia en este Monasterio.*

rio, para que à su tiempo tengas este mi Cuerpo en custodia. Postròse la Niña en tierra al oir estas palabras, agradeciendole con lagrimas de devocion, y alegría tan singular favor: y en fè de que aceptaba la promessa, hizo voto de Castidad, y de ser Religiosa en aquel Monasterio. Los circunstantes; ya fuesse por el assombro de caso tan estupendo, ya por la confusion del concurso, ya por especial Providencia de Dios (que seria lo mas cierto, por convenir entonces el silencio del milagro) no tuvieron la advertencia de reconocer à la Niña. Con esta ocasion, pudo salir del Templo con brevedad, como lo hizo, instada de las Criadas, que deseaban volver à casa antes que los Amos, para escusar su enojo. En el camino les encargò Leonora el secreto; y ellas le guardaron con tan milagrosa fidelidad, que no le sacaron del pecho hasta ocho años despues, en que à periccion de la misma Niña fuè necesario descubrirle.

Entraron, en fin, en casa con Leonora, antes que los Amos viniessen: y se hallaron en nuevo conflicto; porque aviendo la Niña probado à subir à su quarto por la ventana, valiendose del mismo medio, con que baxò, no lo pudo conseguir por falta de fuerças. En esta pena invocaron todas à Santa Catalina, y de repente se hallò la Niña en su quarto, sin saber como, ò por donde avia entrado en él. Despues de dar gracias à la Santa, bolvió à componer las camas, para disimular la salida, quedando oculto à los Padres por medios tan prodigiosos todo el suceso. Ocho años despues, quando Leonora contaba los diez y nueve de su edad, trataron de casarla con vn noble Mancebo de Bolonia, en cuyo Matrimonio interessaban conveniencias grandes. Hecha la proposicion à la honesta Doncella,

respondió con humilde, y modesto despejo, que su Esposo era, y será siempre solo Jesu Christo, à quien tenia ya consagrada su pureza por voto constante, y muchas vezes ratificado de perpetua castidad, tomando el Abito de Monja en el Convento de Santa Catalina, quien la tenia prevenida, y profetizada la resolucion presente. Con esta ocasion refirió todo el suceso, que dexo escrito, pidiendo à las Criadas dixessen lo que sabian. Hizieronlo, y por su dicho se procediò al informe de todo, examinando à muchos de los testigos, que entonces se hallaron en la Iglesia. Compulsadas vnas, y otras deposiciones, se hizo manifesto el prodigio de la Santa, y la verdad de Leonora; de la qual certificados los Padres, cooperaron à su Vocacion Christiana, cooperaron à su Vocacion Christiana, desistiendo de su primer intento. En la Religion vivió Leonora con aquella señalada virtud, que promerian las singulares circunstantias de su Vocacion: y por su grande exemplo la hizieron Guarda del Cuerpo Sagrado; en cuyo empleo fuè muy favorecida de Santa Catalina, como verèmos adelante; cumpliendose en ella à la letra la profecia de la misma Santa.

Bolviendo à tomar el hilo de los prodigios del Santo Cuerpo; despues que estuvo expuesto à la vista, y veneracion de los Fieles, por los siete dias continuos, que dixè; Monseñor Alexandro Longari, Vicario de la Santa, bolvió à la Diocesis de Bolonia por el Illustrissimo Philipo Calandrino, Obispo actual de ella, aviendo examinado, y calificado de milagrosa (en la forma que le tocaba, y podia) la incorrupcion, y sus circunstantias, con muchos de los milagros de aquellos dias: ordenò, que tan precioso tesoro quedasse depositado en el Coro sobre vn Altarico, y cerrado en vna arca de madera

con

con dos llaves; de las quales vna se entregó à las Monjas, y otra al Confessor del Monasterio. De allí à poco tiempo llegó el Viernes de la Semana Santa, en el qual, convenidos el Confessor, y las Madres (no sin especial inspiracion Divina, à lo que se dexa discurrir) determinaron registrar el Cuerpo de la Sierva de Dios, para ver el estado de su incorrupcion. Abrieron el arca, y le hallaron incorrupto, fresco, y oloroso, como antes; pero con la novedad de aver destilado tanta abundancia de aquel licor, ò sudor fragante arriba mencionado, que tenia embebida en él toda la túnica interior. Al tiempo de registrarle, quiso vna de las Monjas cortar dissimuladamente vn pedacico de la carne, para traerle consigo: pero no le valió su dissimulo, para no ser cogida en el hurto; porque luego que hirió la carne, comenzó à salir sangre viva, como si no le faltara el alma.

Admirando estaban esta maravilla, quando repararon en el rostro; y vieron, que casi no parecian en él los ojos, teniendolos tan hundidos, como aquellos cadaveres, en que logra la muerte todos sus estragos. Affligieronse las Monjas demasadamente con tan funesta novedad, temerosas de si el Cuerpo comenzaba à padecer corrupcion. Pero el Confessor creyendo la novedad à la circunstancia del tiempo, en que representaba la Iglesia la Pasión, y Muerte de Christo, inclinó el juicio à la persuasion, de que era mysterio, lo que parecia de gracia: y con este motivo mandó se cerrasse el arca. Cuydoso, empero, de apurar lo que tuvo por mysterio, hizo que el primer día de Pasqua se bolviesse à abrir: y aviendose juntado las Monjas, para executar, falleron de su pena con duplicado gozo; porque aparecieron los ojos

de la Santa hermosos, y resplandecientes, como estaban antes. Eran sus ojos Solés, à pesar de las sombras del sepulchro; y en tiempo que la Iglesia renovaba memorias de la Muerte de Christo, quiso la Providencia Divina, que se eclipsassen; ò para que en esse tiempo no estuviesen en ellos desayradas las luzes sin el eclipse; ò para que llegasse la expresion de sus finezas en la Pasion de su Amado, aun mas allá de la Muerte.

## CAPITULO XXXV.

VARIAS TRANSLACIONES DEL  
Cuerpo de Santa Catalina con estupendos  
prodigios: y del estado que oy tiene  
su admirable incorrupcion.

Justificados son en sí mismos, al passo que incomprehensibles, los juicios de Dios: venerelos la criatura con rendimiento obsequioso; quando no se le manifiesta lo oculto de la Divina Sabiduria, no blasfeme presumptuosa, lo que ignorante no alcança. Muchos parecen, y muchos son à la verdad, los prodigios, con que quiso la Divina Diestra ilustrar à Santa Catalina de Bolonia en la singular incorrupcion de su Cuerpo, segun lo que dexo referido, y falta por referir: mas quien podrá dezir al Omnipotente; por qué así lo hizo? Ni quien le dará consejo, para que contenga dentro de su seno el impetu del amor, explicado en las maravillas de su poder? Bastenos, pues, saber, que así honra el Rey del Cielo, à la que quiere honrar en la tierra; y que así exalta en ella, à la que así se humilló. Vn año avia estado el Cuerpo de la Santa Virgen en el Deposito, que arriba dixé: y al fin del año le hallaron con tal mutacion en el color, que passaba de moreno, y casi tocaba en

negro, aunque sin alguna fealdad: propriamente como el color de la Espoza Santa, negro, pero hermoso. Esto no obstante, recelaron, que aquella obscuridad de color podia originarse de la humedad, que contraia en el arca por falta de ventilacion: y que quizá era especial aviso de Dios, para que no estuviesse oculto tan sagrado tesoro, sino parente, à beneficio de la piedad de los Fieles, que cada dia venian à visitarle en numerosos concursos. Con estos motivos resolvieron hazer vn Tabernaculo abierto, en que colocaron el Santo Cuerpo; y puesto sobre vn as, le llevaban entre quatro Monjas à la Craticula, para que le viesen, y venerassen los Peregrinos. Así lo hizieron por algunos años: mas pareciendoles era mucho embarazo para las quatro Monjas, que casi todo el dia gastaban en esta ocupacion, saltando à las Comunidades: determinaron fabricar vna Custodia como Carroza, fixa sobre quatro pequeñas ruedas, para que sentada en ella la Santa, pudiese vna sola Monja conducirla sin mucha dificultad. Esta providencia se discurrió sobre el supuesto de la flexibilidad del Santo Cadaver; pues se movia en todas sus coyunturas al arbitrio ageno, como si estuviera vivo. Puesta ya en su última perfeccion la Carroza, ò Custodia, y preparado en ella el asiento, la acercaron al Cuerpo Santo, para sentarle: mas quando probaron à ejecutarlo, se hallaron burladas, no sin grande confusion, y pena; porque de repente quedó la Santa tan inflexible, que ni fuerças, ni industrias eran bastantes à doblarla. No sabian que hazerle las pobres Monjas en caso tan fuera de su pensamiento: pero la Abadesa, acordandose del heroico rendimiento, con que Catalina, quando vivia, se movia à la voz de la Obediencia, la

mandó como Prelada, que se sentasse, diciendo: *Madre, nuestra Catalina, en virtud del Oficio de Prelada, que, aunque indigna, exerço; y de la santa Obediencia, de que eras en vida tan enamorada, y que con tanto espíritu repetidas vezes nos encomendastes à vuestras Discipulas, y hijas: ordenando, que os sentase sobre la silla, que estas Hermanas os tienen prevenida.* No bien la Abadesa avia acabado de intimar el mandato, quando el Santo Cadaver (còlo raro!) por sí mismo se fué doblando poco à poco, hasta que finalmente se sentó en la Carroza, quedando en ella acomodado con postura, y asiento tan natural, y firme, como si tuviera Alma. A tan nuevo espectáculo quedaron las Monjas llenas de vna admiracion gozosa, que les sacaba lagrimas de devocion, con que alababan al Señor por tantos, y tan repetidos prodigios, como hazia, para exaltar à su Sierva. Despues, juntas en Capitulo, eligieron à Sor Leonora de Poggi para Guarda, y Conductora del Santo Cuerpo, como el mismo se lo profetizó, quando le fué à visitar, siendo Seglarica, segun queda referido en el Capitulo pasado.

Colocada la Santa en su Custodia, se guardó por algun tiempo en el Coro, con tanto consuelo, como utilidad de las Religiosas; porque no se atrevian à poner en preferencia suya, si primero por la contricion no se purificaban de aquellas culpas, ò defectos, que les acufaba la conciencia. Y si alguna menos fervorosa no se daba tan presto por entendida à la voz de la interior reprehension, experimentaba el castigo en el ayrado ceño, con que la miraba su Santa Madre, quando entraba en el Coro: sin aver modo de desarmar su enojo, sino con la enmienda. Por este medio llegaron muchas à grande altura de perfeccion: y experimentaron la verdad, que la

San-

Grasset. lib.  
4. cap. 5.Grasset. lib.  
4. cap. 3.

Santa les assegurò, estando para morir, *Que les sería mas vil para el adelantamiento de sus Almas después de muerta.* Con todo esto, Dios N.S. para oculos, y gloriosos fines de su Providencia, quiso se trasladasse el Santo Cuerpo del Coro à la Capilla, q̄ oy tiene, aviendo declarado su voluntad en esta forma. Aparecióse gloriosa la Sierva de Dios vna noche à su querida la V. Sor Leonora de Poggi, y con benigno semblante la dixo, ser beneplacito Divino, que se labrasse vna Capillita junto al Altar Mayor, à la mano derecha del Santísimo Sacramento, para que allí se guardasse su Cuerpo en la forma, que la manifestaba. Y con efecto la dió el modelo de la Capilla, y del Tabernaculo; concluyendo, que todo se hiziesse, segun el exemplar, que en la vision la avia mostrado: con alusion à la vision de Moyfes, en que Dios le manifestó la idea del Tabernaculo, para colocar el Arca con el Maná, y las Tablas de la Ley.

Despareció la Santa, y quedó confusa Leonora, sin saber que hazerle; porque por vna parte se temia de alguna illusion diabolica, ò fantástica; y por otra experimentaba en el fondo de su Alma aquella suave, y fuerte mocion; con que impéle al cumplimiento, de lo que se manda, la verdadera vision sobrenatural. Descosía, empero, de no partir de carrera à resolucion tan grave, guardò en el pecho el secreto por todo aquel dia, esperando saber con firmeza, y claridad el Divino beneplacito. La siguiente noche se repitió la vision, y el mandato de la Santa sin efecto; por que Leonora no acababa de romper el temor de ser, ò parecer illusa. Tercera vez se le apareció la Sierva de Dios, y mirandola, no yá con aspecto benigno, como las dos primeras; sino con magestad severa, la dixo: *Esta quando, Leonora, has de ser incre-*

*cula, y obstinada. Haz prompta, lo que te he ordenado, manifestandolo todo à la Abadesa, para que luego se ponga por obra: y advierte, si no quieres experimentar mis rigores, que esta es voluntad expresa de Dios, y gusto mio.* Quedò atormentada Leonora con la reprehension; y persuadida yá, q̄ el suceso no era fantasia, sino realidad, se le refirió à la Prelada, para que tomasse la providencia mas conveniente. Consultò sobre el punto à los Superiores, y aprobada la vision, mandaron, que se hiziesse la Capilla, y Tabernaculo, como la Santa ordenaba. Dióle caber à la obra, de modo, que à breves dias se celebrò con universal regozijo la translacion del Santo Cuerpo, que hasta oy se conserva en la siguiente disposicion. Dentro del Tabernaculo se levanta vna silla primorosamente labrada, en que está sentada la Sierva de Dios. Sostienese el Cuerpo en el asiento por la Virtud Divina, con postura tan natural, que parece cuerpo vivo; y tan firme, que no necesita de ataduras, ni de recostarse en los lados, ni en el respaldo de la silla, para estar derecho. El rostro, manos, y pies, están descubiertos; teniendo en la mano derecha vn Crucifixo, en memoria de la devocion, que profesò à la Pasion de Christo su Esposo; y en la siniestra el Libro de las *Siete Armas*, que escribió por inspiracion Divina, para instruccion de sus Religiosas. Sobre la cabeza tiene vna Corona Real, con que la coronò la Reyna de Napoles Isabel, como dize adelante mas largamente. Así se ha conservado el Santo Cuerpo por mas de dos siglos, perseverando tratable, y flexible, de modo, que las Religiosas le mudan Abitos, y tocas, siempre que les parece conveniente, levantandole, y bolviendole à sentar con repeticion de maravillas, todas las veces que lo executan.

Otro

Otro milagrò continuado, y no menos admirable, se experimenta tambien: y es, que crecen al Santo Cuerpo las vñas, y los cabellos, como si estuviera vivo: maravilla, en que la Divina Providencia atiende al consuelo de los Fieles, sin perjuicio de la integridad del Santo Cadaver; porque las Monjas de tiempo en tiempo cortan, y reparten aquellas Reliquias; con cuyo contacto han sanado muchos enfermos de varias enfermedades.

Pero entre todos los prodigios referidos, es, en mi juicio, vno de los mayores (atendidos los efectos) la diferencia de semblantes, con que en ocasiones se ha dexado ver de los virtuosos, y de los pecadores; mirando à estos con ceño ayrado, para excitarles à la contricion de sus culpas; y à aquellos con benigno aspecto, para alentarlos al sequito de las virtudes. En apoyo de esta maravilla, nuestro Doctísimo, y Venerable Fray Bernardino de Bustos, en la Segunda Parte de sus Sermones, en el Sermon veinte y siete dize estas cosas, malas palabras. El Cuerpo de Santa Catalina persevera blando, flexible, y entero. Y quando alguno llega à visitarle; si está en pecado mortal, fuele mostrarle el rostro severamente turbado: pero si está en gracia de Dios, se dexa ver toda llena de regocijo. Acompañando yo à vn Padre grave de nuestra Orden, llamado Fray Bernardino, hizo, que las Monjas le manifestassen el Santo Cuerpo, y pidió le diesen alguna Reliquia de los cabellos; que cada dia le crecen, como tambien las vñas. Preguntò la Abadesa, si quería de los cabellos, que yá tenían cortados, ò si gustaba, que nuevamente se los cortassen. Respondió el Padre: De mejor gana tomaré de los que tiene en su

Parte V.

„ cabeza, si à la Santa no le disgusta  
„ Y como la Abadesa, por condescender à la devocion del Padre,  
„ fuele à cortar los cabellos, la Santa  
„ ta manifestó el semblante alegrísimo,  
„ mo, de modo, que parecia reírse.  
„ Entonces las Monjas, que asistían,  
„ y que notaron la novedad, nos hizieron reparar en ella, diciendo:  
„ Mirad, Padres, mirad con qué semblante tan risueño os está mirando  
„ la Santa. Hasta aqui este Venerable Padre.

La voz, que anda esparcida por el vulgo, de que Santa Catalina gobierna el Monasterio como Abadesa, dando desde su silla ordenes à las Monjas de lo que han de hazer; es fabula piadosa de la devocion vulgar: pero tuvo fundamento en otro prodigio no menos admirable, que los que acaecieron poco después de la muerte de la Sierva de Dios, y fue, el que aqui digo. Luego que espirò Santa Catalina, dispuso Nuestro Señor, que ni las Monjas, ni los Prelados advirtiesen en que el Monasterio estaba sin Abadesa; y que era necesario pasar à nueva eleccion. Para que esta maravilla se continuasse; infundió el mismo Señor en cada vna de las Religiosas tal noticia de todo lo que debian hazer, y observar, y con tan suave fuerza las movió à la execucion de todo ello, que no se ofreció caso, en que se echasse menos la falta de Prelada. No pareció à las subditas avia muerto Santa Catalina, sino que conversaba entre ellas, y que oían de su boca los dictámenes, y documentos, que necesitaban para la perfeccion, y acertado gobierno de sus operaciones. Esta providencia durò enteramente por vn año: al fin del qual vino el Provincial à hazer la Visita ordinaria; y con esta ocasion reconocieron todos el prodigio, que dexò referido. La Comunidad, con la experiencia

Nn de

Grasset lib.  
4. cap. 5.Grasset lib.  
4. cap. 5.